

LA VORAGINE: UNA NOVELA DE LA SELVA

Por Juan Jacobo de Lara



A *Vorágine*”, publicada en 1924, fue la única, pero formidable novela del colombiano José Eustasio Rivera.* No es de extrañar que fuera ésta la que introdujo la novela latinoamericana al mundo moderno y que causara enorme sensación en los círculos literarios del momento, pues además de ser un cuadro vivo de la selva amazónica, magistralmente presentado, contiene un potente mensaje, y expone las condiciones espeluznantes de esclavitud y atropello en que viven los caucheros de esa región, sujetos enteramente al capricho brutal de los propietarios y capataces de las plantaciones de caucho.

Dice Antonio Gómez Restrepo, en su “introducción” a la edición AGUILAR de *La Vorágine*, publicada en Madrid en 1933, que la obra es “ante todo, una obra de arte puro; pero es también un documento humano, cuyo valor sociológico no puede ni debe desconocerse. Rivera descubre con mano ruda el velo que cubre esas regiones misteriosas e incógnitas y nos pinta un mundo, un estado social de que apenas se tiene idea en los centros de la civilización, pues allí hay déspotas y esclavos, allí se trafica con la carne humana; y el ligero tinte de cultura que ostentan ciertos comerciantes sólo sirve para aguzar su malicia y refinar sus instintos lúbricos y sanguinarios.”

* Nació en Colombia en 1888 y murió en Nueva York en 1928.

Si la descripción de la selva y la narración resultan un tanto exageradas y artificiales, ello se debe a dos razones atenuantes: la primera es que Rivera no había vivido en la selva; sólo la había visitado, y por eso exagera el paisaje y comunica al lector su terror fatalístico hacia la selva misteriosa y salvaje; la segunda razón es que para surtir el efecto deseado, el autor desnuda ante el mundo, con persistente determinación, las condiciones inhumanas de esclavitud a que un puñado de déspotas ávidos de lucro arrastran a toda una población de seres indefensos cuya única protección y esperanza de salvación es la de envilecerse y embrutecerse ellos mismos.

El tema de la novela es la selva misma, la vorágine de la selva formidable y demoníaca que atrae a los hombres con promesas ilusorias y los atrapa, se los traga, los devora en sus entrañas salvajes. Las descripciones que Rivera hace de la selva se basan en las que hizo en sus cartas cuando la visitó, y tal vez por ello se percibe un cierto conflicto entre sus descripciones de la selva, a veces de gran belleza poética, y la narración de la trama, con sus crudezas de frontera social y política.

Acaso es la presencia del autor en el relato lo que provoca cierta disparidad, ya que nuestro héroe se ve compelido a saltar de su exaltación imaginativa, bajo la cual nos describe la selva en todo su esplendor, a la acción, a incidentes de la trama, sólo para volverse a extraviar de súbito en la selva dominante. Lo cierto es que ni la trama, ni la presencia del autor en el relato tienen gran importancia en la novela; son solamente soportes al tema principal —la selva—, la selva con sus ríos, con sus ciénagas, con sus innumerables peligros que imponen el salvajismo y la crueldad a los hombres, si no la muerte misma. No cabe duda de que las admirables vívidas descripciones de la selva implacable, de sus furias contra el hombre, prestan a la obra de Rivera su mayor belleza. La selva de Rivera, sin embargo, es una selva idealizada, más imaginada que vivida, más símbolo que realidad —un paisaje salvaje de tinieblas vaporosas, de senderos escondidos—; es la selva que atrapa a los hombres y los devora, que los reduce a un desespero enloquecedor, y que devora hasta

el autor. La selva de Rivera es el cementerio del hombre temerario e iluso que se atreve a penetrarla.

Resulta muy significativo y revelador el que antes de haber visitado la selva, Rivera la llamó, en su libro de poesías, "Tierra de Promisión", pero después de haber palpado por sí mismo la realidad, la llamó "tierra de maldición". La fuerza de su desilusión, de su asombro pavoroso ante la realidad inesperada, prestó a sus descripciones esa cierta exageración impetuosa del visitante sorprendido. Tal vez por eso mismo Rivera salta una y otra vez del relato a su tema de la selva, al problema social, político, y humano que la selva representa. Rivera pinta su selva con los diversos matices de sus emociones; con poesía lírica inmortaliza su grandiosidad; con brutalidad reveladora expone su voracidad, cómo atrapa a los hombres, los embrutece, los endurece, los aniquila, y, como al autor mismo, se los traga en lo desconocido, sea que los mate pronto o que los deje vivir un poco más.

La Vorágine es típica novela de la tierra; el hombre no es protagonista, sino que lo es la naturaleza de las cosas y la naturaleza misma por ser responsable a veces por las condiciones y tradiciones de una tierra. En "La Vorágine" la protagonista es la selva, la selva que es imposible domesticar y que cual fiera salvaje provoca en la vida de los hombres que la penetran la lucha desigual del fuerte contra el débil, la injusticia social, en que además de las arbitrarias relaciones entre los seres humanos que la habitan, existe la lucha embrutecedora contra la naturaleza en el desigual, sobrehumano esfuerzo para dominarla. La Vorágine enfoca la lucha del hombre insignificante contra la selva poderosa, y de cómo la selva lo aniquila y lo vence.

En la narración de la novela seguimos a los principales personajes a través de sus aventuras y vicisitudes. La trama comienza con la huida de los amantes, sus zozobras y sus temores, su anhelo de perderse, de hundirse en la inmensidad de la selva. Pronto aparecen los opuestos caracteres del don Rafo, de contagiosa simpatía y benevolencia, y el "Pipa" de alevosa malicia. También aparece pronto el contraste de los "pantanos inmundos, llenos de fango, que rodeaban el monte en que

pusieron el chinchorro” y el espejismo en que “parecían surgir en el horizonte ciudades fantásticas.” El contraste de la realidad y la fantasía.

Fue el filosófico y genial don Rafo quien condujo a los fugitivos a La Maporita y los dejó con Griselda y Franco, seres buenos pero vulgares y prosaicos como las escenas y los diálogos que los acompañan en la narración. Alcia, en cambio, como una sombra indefinida, es la única alma noble que salva la decencia humana de la gente de la historia. El mismo Arturo no es más que una mente agitada, una mente enloquecida por sueños fantásticos, a veces macabros, a veces pueriles. La Clarita tipifica la mujer caída, pero con alma y aún con ilusiones. Y Barrera, el más auténtico de todos, de quien comenta Antonio Gómez Restrepo en su introducción, al decir que “el personaje de Barrera no es una ficción, está tomado de la realidad, y el narrador ha sabido caracterizarlo con breves, pero sugestivos rasgos: bajo sus apariencias melifluas se esconde la crueldad de un negrero africano.”

Encontramos durante la narración coincidencias demasiado oportunas, lo cual roba verosimilitud a la escena y a veces da en lo cómico más bien que en lo dramático. Hay escenas, sin embargo, que alcanzan un marcado efecto dramático, como el contraste en la reacción de los dos maridos al cerciorarse de la fuga de sus mujeres. El llanero Franco, lleno de pasión y acción y lealtades definidas, prendió fuego a su propia casa. En cambio Arturo, el poeta de ciudad, se entregó característicamente a una demente orgía de pensamientos inquietos, frutos de su espíritu incierto y desequilibrado.

La segunda parte de “La Vorágine” comienza con las declaraciones apasionadas del autor hacia la selva, como si fuesen a una mujer amada que le cautiva, le encarcela, le aprisiona en su amor inmolador. “Oh selva, oh selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina: ¿Qué hado maligno me dejó prisionero en tu cárcel verde?” Continúa con cierto misticismo sus lamentos de encarcelado. “Tú eres la catedral de la pesadumbre... Déjame huir, oh selva: Déjame tornar a la tierra de donde vine...” Pero con el fatalismo del

desespero los hombres se entregan a lo inevitable. La acción se renueva con el simbólico acto de “licenciar sus caballos” y dejarlos recobrar la “pampa virgen” mientras que ellos, los hombres ya indefensos y solos “con la amargura del condenado a muerte que se resigna a su sacrificio” y que ante la angustia de partir con su alazán, ven roto el último eslabón que los unía a la civilización, y se resignan a enfrentársele al mundo incierto y aterrador de la selva.

La fuerza poética se repite en la descripción de la bacanal a que se entregaron los indios y sus mujeres y que terminó en un “alarido retumbador, que estremecía las selvas y los espacios como una campanada siniestra y lúgubre” y el autor reflexiona que “así olvidarían sus pesadumbres y le sonreirían a la vida otra vez siquiera.” Pero su filosofía no tarda en tornarse en fatalismo, y su lamento parece acusar la “misma pena recóndita, cual si a todos les devorara el alma un solo dolor. Su queja tenía la desesperación de las razas vencidas” y era semejante al sollozo del autor, ese sollozo de sus múltiples aflicciones que suele repercutir en el corazón aunque los labios lo disimulen.

Al grito de impotencia de los indios se une el del héroe de la historia. Los unos tanto como el otro se sienten vencidos por un mundo hostil que los ha impulsado al margen de la selva, de la selva seductora que les abre sus brazos invitadores, para atraerlos a su seno verde y atraparlos, y reducirlos a la impotencia irreparable.

A mitad del libro aparece el viejo Silva, símbolo de la tenacidad del hombre en su determinación de vencer la selva. Su filosofía nace de sus duras experiencias, de tantos años de lucha en aquel infierno. El viejo explica a Arturo cómo “la selva trastorna el hombre, desarrollándole los instintos más inhumanos: la crueldad invade las almas como intrincado espino de zarzamora, y la codicia quema como la fiebre.” Hablando de los peones, dice que “la selva, por destruirlos, les arma el brazo, y se roban y se asesinan, a favor del secreto y de la impunidad, pues no hay noticias de que los árboles hablen de las tragedias que provocaron...” Y como para corroborar sus reflexiones, el pobre viejo, horrorizado al enterarse de su última ignominia, de

que tenía gusanos en las piernas, sólo pudo exclamar: “Engusanado, engusanado y estando vivo! ’

El desenlace de la odisea de don Clemente Silva es que después de su larga y dolorosa búsqueda, en vez del hijo perdido sólo encontró sus huesos, si es que acaso lo fueran. El viejo no pudo irse, no pudo salir. El embrujamiento de la selva lo detuvo. No importa el gritar: “¡Huyamos! , ¡Huyamos! ” ¿A dónde huir? ¡A la perdición! Tener a la selva por enemigo es no saber a quién combatir, es caer en su vorágine.

La más espeluznante de sus aventuras fue el episodio de las tambochas, fue la invasión de hormigas carnívoras, la devastadora avalancha que “pone en fuga pueblos enteros de hombres y bestias.” Desde su improvisado refugio, enterrados hasta los hombros en el pantano infestado de sanguijuelas y otras amenazas, vieron los fugitivos pasar el gigantesco ejército. “Un temblor continuo agitaba el suelo, cual si las hojarascas hirvieran solas. Por debajo de troncos y de raíces avanzaba el tumulto de la invasión... como cáscara movediza que iba ascendiendo furiosamente...” Nada dejan las tambochas a su paso, a no ser desolación. Lo devoran todo, dejando sólo los huesos limpios y los troncos desnudos.

“¿Cuánto tiempo duró el martirio de aquellos hombres, sepultados en cieno líquido hasta el mentón, que observaban con ojos pávidos el desfile de un enemigo que pasaba y pasaba y volvía a pasar? Horas horripilantes en que saborearon sorbo a sorbo las refinadas hieles de la tortura! ” De una tortura que les desequilibró la razón, que no los mató pero los hizo matarse. Pero ni las tambochas ni la locura mataron al viejo Silva, ese símbolo de la perseverancia humana que sobrevive a los peligros y las vicisitudes para seguir buscando tal o cuál quimera, para perseguir cualquier ilusión.

Siempre esperando al viejo Silva como su última esperanza de salvación, y habiendo encontrado nuevamente a su Alicia, nuestro héroe Arturo Cova y sus compañeros se internan selva adentro. “En nombre de Dios! ” Y así termina el relato, quedando sólo el libro de Arturo por detrás, pero “cuántas páginas en blanco, cuánta cosa que no se dijo! ” Y “en vano

búscalos Clemente Silva. ¡Ni rastro de ellos! ¡Los devoró la selva! ”